

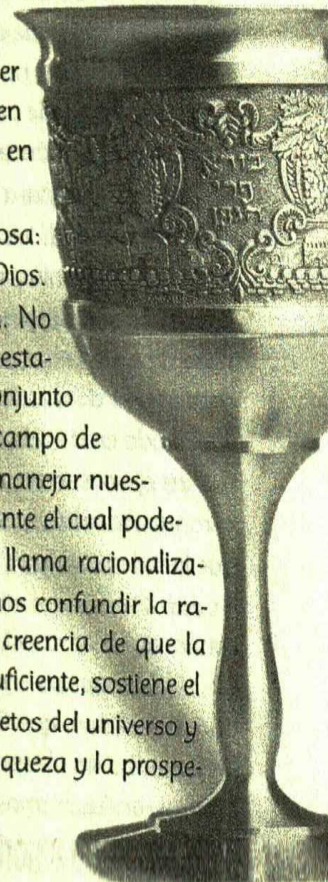
CAPÍTULO 1

LAS ESCRITURAS INSPIRADAS

La regla autoritativa

¿CÓMO PUEDO SABER CUÁL ES LA RELIGIÓN VERDADERA? Esta es una pregunta importante que suelen hacer a menudo. Y bien merece una respuesta, puesto que está en juego el bienestar eterno de uno. Pero el verdadero punto en discusión es la cuestión de la autoridad.

Hay tres clases fundamentales de autoridad religiosa: 1) La razón humana, 2) la iglesia, y 3) la Palabra de Dios. Tal vez la más común hoy día sea la razón humana. No discutiremos el hecho obvio de que los seres humanos estamos equipados con una mente que ha producido un conjunto asombroso de logros admirables, especialmente en el campo de las ciencias. Tampoco descartaremos la necesidad de manejar nuestros asuntos diarios en forma lógica. El proceso mediante el cual podemos tratar nuestros problemas con sentido común se llama racionalización. No es pecado actuar a este nivel. Pero no debemos confundir la racionalización con el racionalismo. Este consiste en la creencia de que la máxima autoridad es la razón humana. Con tiempo suficiente, sostiene el racionalista, el genio humano descubrirá todos los secretos del universo y nos llevará a una vida perfecta, a la paz, la salud, la riqueza y la prosperidad continua.



Una forma de racionalismo es el cientificismo, que cree que la ciencia, con sus métodos y equipamiento moderno, será finalmente capaz de analizar y resolver todos los problemas. Sin embargo, tal punto de vista tiene serias limitaciones. Una de ellas es que no reconoce que la ciencia es incapaz de abordar algunas cosas. Por ejemplo, no puede trabajar directamente con las cualidades del color y el sonido. Se ve en la necesidad de expresarlas en términos cuantitativos. Pero las cualidades no son cantidades. Por eso las personas ciegas de nacimiento pueden comprender toda la ciencia y las cuestiones matemáticas relacionadas con las longitudes de onda de la luz; pero esto no significa que tengan alguna idea de a qué se parece una bella puesta de sol o una rosa roja, o cómo son los exquisitos colores de las alas de una mariposa. Los sordos de nacimiento pueden comprender toda la ciencia y las cuestiones matemáticas relacionadas con las ondas sonoras; pero esto no quiere decir que tengan idea de cómo suena una sinfonía o una congregación de personas que alaban a Dios y glorifican a Jesús en el Espíritu Santo. La ciencia no puede ocuparse de cosas que, como el alma humana, no se pueden pesar ni medir. Tampoco puede ocuparse de acontecimientos singulares. Por consiguiente, no puede ocuparse de los milagros, puesto que cada uno de ellos es una manifestación separada y diferente de la gracia y el poder de Dios y no se lo puede repetir para su análisis en el laboratorio.

En realidad, los que consideran el racionalismo como su autoridad generalmente terminan poniendo su propia razón como autoridad final. Pero, como observó Salomón: «Nada hay nuevo debajo del sol», pues esta misma clase de arrogancia se manifestó en los tiempos antiguos. En Génesis 11 leemos acerca de aquellos que intentaron desafiar a Dios y hacerse un nombre edificando en Babel una ciudad y una torre muy alta. Los racionalistas de todas las épocas son como ellos: ponen su confianza en su propia capacidad de razonar. Además, repetidas veces en los días de los Jueces «cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 17:6; 21:25). En los trágicos relatos consignados en este libro se describen vívidamente el caos y la confusión que acarrea la confianza en la razón humana como autoridad final.

Una segunda creencia común es que la iglesia es la autoridad final. Algunos sostienen que Cristo le dio su autoridad a Pedro, y que este les impuso las manos a los obispos que ordenó, dándoles a su vez autoridad para que les impusieran las manos a sus sucesores. Mediante esta «sucesión apostólica», se transmitió la autoridad de Cristo a los doce apóstoles y así sucesivamente

a lo largo de los siglos. Por esto, ciertas iglesias se consideran como las únicas representantes autorizadas de Cristo, y de aquí que se crea que sus líderes tienen una autoridad especial para juzgar la verdad.

Este punto de vista de la sucesión apostólica está generalmente relacionado con la afirmación de que el Nuevo Testamento es una obra de la iglesia, lo que le da a esta una especie de prioridad sobre la Biblia. Debe notarse, sin embargo, que la teoría de la sucesión apostólica no apareció sino hasta fines del siglo segundo d.C. Además, el Concilio de Cartago que se celebró en el año 397 d.C. no autorizó la lista de libros del Nuevo Testamento que nosotros aceptamos hoy como canónicos, sino que solo aprobó lo que en general ya se reconocía y usaba en las iglesias de aquellos días. La muerte de Cristo puso en vigor el nuevo pacto (Hebreos 9:15-17). Después de su resurrección, Cristo y el Espíritu Santo fundaron la iglesia. Luego el Espíritu Santo inspiró a los escritores que nos dieron los libros del Nuevo Testamento. En nuestros días, como hay disputas y altercados entre cuerpos eclesiásticos, el corazón inquisitivo desea ardientemente una autoridad mayor que una organización eclesiástica terrenal.

La tercera opción es confiar incondicionalmente en la autoridad de la Palabra de Dios. Este concepto se basa firmemente en la convicción de que Dios, por naturaleza, se revela a sí mismo¹. Él es un Dios que habla; por lo mismo desea comunicarse con sus criaturas. Hebreos 1:1-2 indica que él tiene estas características: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo».

Dios ha hablado. Su declaración final y más completa, como lo indica el pasaje de Hebreos 1:1-2, se halla en la persona de su Hijo, Jesucristo. A esta manera de hablar, en que lo divino se reviste de un cuerpo humano, la llamamos encarnación. Este es el grado más alto en que Dios puede comunicarse con nosotros, pues es una comunicación de persona a persona. Jesucristo, como nos lo recuerda el primer capítulo del Evangelio de Juan, es «el Verbo», el mensajero y el mensaje de Dios. Ahora bien, así como Cristo es la Palabra viviente, así también la Biblia es la Palabra escrita. Durante la ausencia de Cristo desde el momento de su ascensión hasta su Segunda Venida, la Biblia es la voz autoritativa de Dios, la cual el Espíritu Santo se complace en utilizar para guiar a las personas a Cristo. En Romanos 10:8-15, el apóstol Pablo señala dramáticamente que sin la proclamación de las buenas nuevas, el mensaje bí-

blico, la gente no hallará a Dios. Solo ella nos proporciona el fundamento sobre el cual creemos en nuestro corazón y confesamos que «Jesús es el Señor», trayendo así la salvación.

La revelación de Dios a la humanidad

Si damos por sentado que Dios habla, ¿es la Biblia el único medio por el cual lo hace? Hasta cierto punto, Dios también se da a conocer a todos los hombres: 1) por medio de la creación, y 2) por medio de la conciencia. A esta manera como Dios habla se le llama usualmente revelación general o natural. En los capítulos 1 y 2 de la carta a los romanos se esboza esta forma de expresión que Dios ha empleado. Romanos 1:20 habla del conocimiento de Dios que en todas partes todos los hombres pueden adquirir por su conocimiento de la naturaleza: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa». En otras palabras, los hombres deben haber sabido y deben saber, que ningún diosito de hojalata pudo haber hecho el universo. Tampoco pudieron los numerosos dioses paganos, a los que representaron luchando siempre unos contra otros, haber creado la coherencia, el orden y la belleza que hallamos en la naturaleza. Quién podrá negar la inspirada expresión del Salmo 19: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos».

La Biblia dice que Dios habla por medio de la conciencia de los hombres: «Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos» (Romanos 2:14-15). El mismo hecho de que en todas partes los hombres tienen conciencia, o sea, una idea de lo bueno y lo malo según lo que dice la Biblia, muestra que hay una autoridad más allá de los seres humanos y las circunstancias. Hasta las personas que han rechazado la Biblia retienen la conciencia, aunque esta suele actuar basándose en que lo que han llegado a creer que es correcto que hagan.

Dios ha hablado por medio del universo que creó y por medio de la conciencia de los hombres. Sin embargo, la tragedia consignada en Romanos 1 y 2 se debe a que la humanidad, pese a tener una vislumbre de la luz disponible en el universo, ha maldecido a Dios y se ha rebelado contra él. Aun así, hay bastante luz para que nadie pueda afirmar que Dios ha sido injusto. El resul-

tado es que los hombres, al rechazar voluntariamente la luz de la revelación natural, se envían a sí mismos al castigo eterno. No es Dios quien los manda al infierno. Al contrario, son los que exigen que Dios los deje en paz para que puedan seguir su camino y tratar de satisfacer sus deseos, quienes se envían al infierno. Cuando Dios, con tristeza y renuencia, los deja hacer lo que les dé la gana, hay una expectativa horrenda e inevitable que es la perversión, la perdición y el infierno. Por lo tanto, la sola revelación natural es insuficiente para ayudar a los seres humanos caídos.

La revelación especial, mensaje que hallamos solamente en la Biblia, consiste en la maravillosa noticia de que Dios intervino en nuestra situación, obró para redimimos y nos ofreció un medio por el cual podemos participar en esta redención. La naturaleza y la conciencia no revelan esto. El Antiguo Testamento señala al Redentor que vendría; el Nuevo Testamento nos habla de su venida e interpreta el significado de ella.

La Palabra de Dios verbalmente inspirada

La palabra griega *theopneustos* es la que más se acerca en su equivalencia a nuestro vocablo inspiración y se halla en 2 Timoteo 3:16. Significa literalmente «soplada por Dios». Por el sople y poder divinos, el Espíritu Santo dirigió a los autores humanos de la Biblia con tal precisión que la obra refleja exactamente la intención de Dios mismo. Como fue Dios el que habló por medio de los profetas y apóstoles, los documentos originales que ellos escribieron llevaron las marcas especiales de la inspiración divina. Esto significa que los sesenta y seis libros canónicos, los cuales constituyen la Biblia, son en sus expresiones originales completamente dignos de confianza como la voz del Espíritu Santo (véase 2 Pedro 1:17-21).

Se deben tener presente varios puntos en cuanto a la manera como se llevó a cabo la inspiración. El dictado mecánico sostiene que Dios habló por medio de seres humanos dominándolos hasta el punto de anular su personalidad. Tal concepto es erróneo. Es obvio que se puede distinguir la personalidad y el vocabulario particular de los diversos escritores; se puede ver claramente una gran variedad de estilos de vida en los más de cuarenta autores de las Escrituras (pastores, estadistas, sacerdotes, pescadores, algunos bien instruidos y otros relativamente ignorantes). Los escritores no fueron manipulados, como autómatas, mientras estaban en trance; Dios no los escogió al azar para ordenarles que escribieran. Por ejemplo, él separó a Jeremías para ser su pro-

feta y comenzó a prepararlo cuando estaba aún en el vientre de su madre (Jeremías 1:5). Dios hizo pasar a todos los autores de las Escrituras por diversas experiencias, preparándolos de tal manera que pudieran usarlos para presentar la verdad exactamente como él quería. De este modo se preservó cuidadosamente la integridad de los escritores como personas mediante las obras especiales de la inspiración y la guía del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, el fruto de sus escritos es inequívocamente la Palabra de Dios. El Espíritu Santo «inspiró los pensamientos originales en las mentes de los escritores (Amós 3:8); luego los guió en la elección de las palabras para expresar tales pensamientos (Éxodo 4:12, 15), y finalmente ilumina la mente del lector de dichas palabras de manera que pueda prácticamente comprender la misma verdad que estaba al principio en la mente del escritor (1 Corintios 2:12; Efesios 1:17-18). De modo que el pensamiento y las palabras son reveladores e inspirados»².

Otro concepto acerca de la inspiración, ampliamente sostenido por algunos, es el que se conoce como inspiración dinámica. Este punto de vista considera que la Biblia no es para comunicar una «verdad proposicional»³ acerca de Dios mismo; los que propugnan esta idea dicen esto porque han llegado a la conclusión de que es incognoscible. En efecto, afirman que Dios es «totalmente distinto»⁴ y que solo revela la verdad de cómo debemos vivir.

A este concepto se le llama también interpretación funcional de la inspiración, ya que dice que la Biblia no puede revelar nada sobre lo que es Dios, sino que solo puede revelar sus obras. Esto constituye la esencia de muchos sistemas modernistas, o teológicamente liberales, que niegan lo sobrenatural. Además, se presta a la idea de que la Biblia es básicamente folclore, pero que en la medida en que habla sobre cómo vivir correctamente, habla de manera significativa a los hombres. En este concepto, la ética suplanta a la doctrina. Asimismo abre las puertas al relativismo, puesto que se desecha la mayor parte de los criterios de verdad. Entonces la gente interpreta por su cuenta lo que cree que es digno de aceptarse y lo que desea rechazar como simple folclore (cf. Jueces 17:6).

Tenemos una variante de este concepto en el énfasis que se pone en la relación que hay entre la salvación y la historia. En ella se reconoce claramente que Dios ha desarrollado una actividad salvadora en la historia. Se acepta la Biblia como un registro de dicha actividad divina; pero se afirma que es un registro meramente humano, esto es, expuesto a los errores del juicio humano, limitado por la experiencia y la cosmovisión de los escritores y sujeto a la in-

interpretación humana de la actividad divina. El único punto importante donde este concepto está en lo correcto es cuando acepta la Biblia como un registro de los sucesos sobrenaturales por medio de los cuales Dios obra en la historia para redimir a los hombres. Su principal deficiencia consiste en no ver que la interpretación de dichos sucesos es inspirada por el Espíritu Santo. Si no fuera así, aún estaríamos en tinieblas, pues los sucesos mismos están llenos de ambigüedades; no hay revelación completa hasta que se los interpreta con autoridad.

¿Qué enseña la Biblia misma sobre la manera en que ocurrió la inspiración? Enfatiza la inspiración real de los escritores. En ciertos casos, Dios les habló con voz audible. En otros les dio la revelación en sueños y visiones. A veces les habló a sus mentes y corazones de tal manera que supieron que era Dios quien les hablaba. En Amós 3:8 se enfatiza esto: «Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?». En cierta ocasión, Jeremías decidió que debía dejar de profetizar; parecía que nadie lo escuchaba. Sin embargo, la Palabra de Dios se volvió en su corazón como un fuego ardiente metido en sus huesos, y no pudo detenerse (Jeremías 20:9). No es de extrañar que en el Antiguo Testamento aparezca tantas veces una afirmación como «así dice Jehová» o «así ha dicho Jehová». El pasaje de 2 Pedro 1:20-21 nos muestra que ningún autor de las Escrituras dependió jamás de su propio razonamiento o imaginación durante el proceso de poner por escrito el mensaje: «Ante todo, tengan muy presente que ninguna profecía de la Escritura surgió de la interpretación del propio profeta. Porque la profecía nunca tuvo su origen en la voluntad humana, sino que los hombres hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo» (NVI). «Impulsados» pudiera dar la impresión de que ellos estaban en medio del flujo del Espíritu Santo y este los impulsaba. Pero un estudio cuidadoso de las Escrituras nos muestra que Dios les enseñó y los guió (véase Éxodo 4:15). Y volviendo a 2 Timoteo 3:16, podemos ver claramente que la inspiración de las Escrituras se extiende también a las palabras y a todo el texto de los autógrafos o documentos originales de los escritores sagrados. Jesús aceptó la plena inspiración del Antiguo Testamento con su categórica declaración: «La Escritura no puede ser quebrantada» (Juan 10:35; véase además Mateo 5:18). A este concepto lo llamamos inspiración verbal (que se extiende aun a las palabras) plenaria (completa). Romanos 3:2 concuerda con este concepto cuando cita el Antiguo Testamento como «las palabras mismas de Dios» (NVI). De igual modo lo hace Hebreos 3:7-11

La Palabra de Dios verbalmente inspirada

cuando cita el Salmo 95:7-11, no como si este tuviera un autor humano, sino introduciendo la cita con las palabras «como dice el Espíritu Santo...».

Bien pudiera uno preguntar: «Eso está muy bien para el Antiguo Testamento; pero ¿qué hay en cuanto al Nuevo Testamento?». Jesús iba enseñando de aldea en aldea. Sin duda repitió muchas cosas al ir de un lugar a otro. Por consiguiente, dejó un conjunto de enseñanzas y les prometió a sus discípulos: «El Espíritu Santo [...] os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14:26).

Este conjunto de enseñanzas fue transmitido a la iglesia por los apóstoles (Hechos 2:42). Aquí también el Espíritu Santo dirigió a los escritores de los Evangelios en la selección del material que sería beneficioso para aquellos a quienes escribían. Por ejemplo, Lucas nos dice que escribió «después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen» (Lucas 1:3); podemos, pues, estar seguros de que el Espíritu Santo lo movió a hacer esto. Así que, durante la era apostólica continuó el proceso de revelación. Cristo fue el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento. Para las generaciones venideras era necesaria una constancia de su nacimiento virginal, sus enseñanzas, su muerte y su resurrección (todo ello consignado en los Evangelios). Asimismo eran necesarios el relato de la institución de la iglesia con patrones normativos para toda la era de la iglesia (consignado en el libro de Hechos), la explicación del significado de la vida, muerte y resurrección de Jesús, con una ayuda práctica para las iglesias (consignada en las Epístolas), y una vislumbre de la consumación de los tiempos (consignada en el libro de Apocalipsis).

Que los apóstoles reconocieron la realidad de un nuevo pacto o testamento lo confirman pasajes como el de 2 Pedro 3:15-16: «Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición». Nótese la expresión «las otras Escrituras». Aquí hay un claro testimonio de que Pedro, en la séptima década del siglo primero, creía que Pablo estaba escribiendo un material que estaba al mismo nivel de las Escrituras del Antiguo Testamento. También Pablo declara en ciertos lugares que él tiene una palabra del Señor, o sea, un dicho de Jesús, para respaldar lo que escribe (véanse 1 Corintios 11:23; 1 Tesalonicenses 4:1-2, 15). Pero aunque no siempre lo dice, esto no significa

que lo que él escribe sea menos inspirado por el Espíritu Santo (cf. 1 Corintios 7:12).

Por lo que a la Biblia misma se refiere, ella nos enseña que el Espíritu Santo guió de tal manera a los profetas y apóstoles que hasta las palabras de los documentos originales son completamente autorizadas. Si las palabras no fueran inspiradas, la gente sería libre para cambiarlas a fin de acomodarlas a sus propias ideas. Por lo tanto, la inspiración de las palabras fue necesaria para proteger la verdad. Y Jesús señaló la importancia de cada palabra de las Escrituras, diciendo: «Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota [en hebreo, la *yod*] ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido» (Mateo 5:18).

La regla infalible

La fuente y autoridad divina de las Escrituras nos asegura que la Biblia es también infalible; es decir, no es susceptible de error y, por lo tanto, no puede extraviarnos, engañarnos ni decepcionarnos. Algunos escritores hacen distinción entre inerrancia (cualidad de estar exento de error) e *infalibilidad*; pero estas palabras son casi sinónimas. «Si existe alguna diferencia en el matiz de significado entre ambos términos, ella consiste en que la inerrancia enfatiza la veracidad de las Escrituras, mientras que la infalibilidad recalca la confiabilidad de ellas. Ambas cualidades se aplican a toda la Escritura e incluyen la exactitud de la revelación así como la exactitud de los hechos. Por lo tanto, es la verdad (2 Samuel 7:28; Salmo 119:43, 160; Juan 17:17, 19; Colosenses 1:5)»⁵.

La incredulidad humanística es la verdadera fuente de las objeciones a la autoridad e infalibilidad de la Biblia. Sus argumentos no son nuevos. Escritores de la antigüedad, como Ireneo, Tertuliano y Agustín, tuvieron que refutar algunos de ellos y al hacerlo, declararon su propia confianza en las Escrituras. Los reformadores Zwinglio, Calvino y Lutero también aceptaron la completa autoridad de las Escrituras⁶. Durante años, los críticos incrédulos han hecho extensas listas de lo que han llamado discrepancias de la Biblia, y algunos han afirmado que la Biblia está, indiscutiblemente, equivocada. En 1874, J. W. Haley hizo un estudio cuidadoso que aún vale la pena leer⁷. Clasificó estas supuestas discrepancias y halló que surgen debido a diferentes causas, entre las cuales están las siguientes:

1. Error al no leer exactamente lo que dice la Biblia.
2. Falsas interpretaciones de la Biblia, especialmente aquellas en que no se tienen en cuenta las costumbres y maneras de hablar antiguas.
3. Ideas erróneas acerca de la Biblia en conjunto y error al no reconocer que de cuando en cuando ella consigna las palabras de Satanás y de los malvados. Por ejemplo, Dios les dijo a los amigos de Job: «No habéis hablado de mí con rectitud» (Job 42:8). Pero aunque estaban errados, la Biblia proporciona un registro veraz de lo que ellos dijeron.
4. Error al no darse cuenta de que algunos relatos de lo que se dijo o se hizo están en forma condensada.
5. Dificultades cronológicas por el hecho de que los babilonios, egipcios, griegos y romanos usaban diferentes sistemas para medir el tiempo y fijar las fechas. Incluso Israel y Judá difieren a veces en sus métodos de considerar los reinados de sus reyes⁸.
6. Aparentes discrepancias numéricas debido a que en algunos pasajes se usan números redondos, en tanto que en otros se dan cifras más exactas, según el propósito del escritor.
7. En algunos casos, existen errores de los copistas en ciertos manuscritos antiguos. Pero al compararlos se han corregido la mayor parte de estos errores. (En realidad, en casi todos los casos la mayoría de los eruditos concuerdan en lo que fue la lectura original⁹. Además, los casos en que no podemos estar seguros, no afectan de ningún modo a las enseñanzas de la Biblia).
8. Finalmente, algunas de las supuestas discrepancias eran una simple cuestión de una palabra hebrea o griega que tenía más de un significado, tal como ocurre con algunas de nuestras palabras. (Por ejemplo, compárese la palabra *paciente* utilizada en «paciente grave» con la utilizada en «espera paciente»).

Uno tras otro, los supuestos errores y discrepancias han resultado falsos. Y repetidas veces los nuevos descubrimientos de los arqueólogos y otros eruditos y científicos han mostrado que los supuestos errores eran errores de los críticos debido a su incredulidad y conocimiento insuficiente¹⁰.

Sin embargo, algunos de los que niegan la infalibilidad de las Escrituras creen que la Biblia es un libro de valor. Esto es, dicen que no importa si la historia y la ciencia de la Biblia son ciertas o no. Sostienen que un pecador puede

ser salvo sin necesidad de conocer toda la Biblia ni sus afirmaciones en el sentido de ser inspirada. Es cierto que para ser salvo el pecador no necesita saber del nacimiento virginal, la sanidad divina, la santificación, el bautismo en el Espíritu Santo ni la Segunda Venida de Cristo. Pero una vez que una persona se hace creyente, dichas enseñanzas se convierten en medios para alcanzar madurez en la fe (cf. Hebreos 5:11 con Hebreos 6:2).

En cuanto a los que se sienten molestos con lo que consideran imprecisiones de la Biblia al describir fenómenos naturales, deben entender que la terminología científica se ha desarrollado solo en los tiempos modernos. Además, cada ciencia tiene su propio vocabulario. Por ejemplo, la palabra *núcleo* significa una cosa para el biólogo y otra muy diferente para el astrofísico. Aun a palabras ordinarias los científicos les pueden asignar nuevos significados. Para el botánico, por ejemplo, la palabra *transpirar* significa «eliminar humedad a través de los poros (stomata)». Por consiguiente, la Biblia emplea un lenguaje común, no técnico; por lo que podemos esperar el uso de frases tales como «sale el sol» o «se pone el sol», de la misma manera en que nosotros las empleamos, aunque ya sabemos que lo que se mueve es la tierra y no el sol. Pero cuando la Biblia hace una declaración autoritativa y proposicional como: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», podemos estar seguros de que es infalible.

La Biblia no nos llevará por un camino equivocado. Nos da una maravillosa revelación de Dios como nuestro Creador y Redentor; de un Dios personal que nos ama y se preocupa por nosotros; de un Dios que tiene un plan, que envió a su Hijo para que muriera por nosotros (1 Corintios 15:3) y que continuará su obra hasta que Satanás sea aplastado, la muerte sea destruida y se establezcan cielos nuevos y tierra nueva. Toda la Biblia nos muestra que él es fidedigno, digno de confianza y que su misma naturaleza garantiza la autenticidad, infalibilidad e inerrancia de su Palabra.

El canon y las traducciones posteriores

Aunque se afirme que los manuscritos originales fueron inspirados por Dios, lo cierto es que ya no los tenemos. (Probablemente se gastaron con el uso frecuente y el repetido proceso de copiarlos). ¿Cómo, pues, podremos confiar en el texto que tenemos en nuestras Biblias modernas? La confiabilidad de nuestras Biblias está ligada a la historia del canon y a la transmisión y traducción de los libros que forman parte de la Biblia.

La palabra *canon* significa «regla» o «modelo». Por lo tanto, un libro considerado canónico es aquel que ha cumplido ciertos requisitos o normas. En la época de Jesús y los apóstoles, los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento eran firmemente aceptados por el judaísmo como escritos inspirados por Dios. Jesús se refirió repetidas veces al Antiguo Testamento, reconociendo que Dios mismo era el que estaba hablando (por ejemplo, Mateo 19:4; 22:29). Para dar fe de la confianza que los escritores del Nuevo Testamento tenían en el Antiguo, solo se necesita considerar que, de los cientos de citas de pasajes del Antiguo Testamento dispersos por todo el Nuevo Testamento, no hay más que un solo lugar donde se cita un libro que posiblemente sea uno de los apócrifos (espurios o dudosos) del Antiguo Testamento. Dicha referencia se halla en Judas 14-15, la cual parece ser similar al libro de Enoc 1:9, y aun esta no es difícil atribuirla a la tradición oral común que estaba a disposición del escritor del libro de Enoc así como de Judas.

¿Y qué hay en cuanto al canon del Nuevo Testamento? Esta es una historia muy fascinante; pero vamos a trasladarnos a la conclusión de ella, allá por el siglo cuarto. En el año 367 d.C., Atanasio, el teólogo más ortodoxo de la época, el gran campeón de la verdad bíblica, escudriñó todos los libros que estaban circulando en el mundo mediterráneo con la pretensión de ser documentos apostólicos. Su examen reveló que veintisiete libros, los mismos que tenemos hoy, se podían considerar como Palabra de Dios¹¹. Treinta años después, con total independencia de Atanasio, se reunió en Cartago un concilio de la iglesia para tratar el problema de qué libros constituían genuinamente la Escritura¹². A los documentos que consideraron los sometieron a cuatro pruebas: 1) apostolicidad: ¿Fue escrito el libro por un apóstol o por un compañero suyo?; 2) universalidad: ¿Era ampliamente aceptado y usado en las iglesias?; 3) contenido: ¿Está su tema al mismo nivel de Las Escrituras conocidas?; 4) inspiración: ¿Tiene la cualidad especial que denota inspiración divina? Nótese que tres de las cuatro pruebas a que fueron sometidos los libros eran objetivas, esto es, se basaban en hechos. Tan solo la cuarta, la de la inspiración, se podría estimar subjetiva, como una cuestión de juicio personal. El concilio de Cartago, luego de considerar los hechos, concluyó que de los libros que circulaban en aquella época, los veintisiete que ahora tenemos en nuestro Nuevo Testamento eran los únicos que cumplían los requisitos establecidos. Por motivos de orden práctico, la cuestión del canon quedó concluida hasta la llegada del racionalismo moderno.

La otra pregunta que queda en cuanto a la confiabilidad de la Biblia tiene que ver con la exactitud de la transmisión del texto. La inspiración se extiende solamente a los originales; ninguna traducción (o versión) particular es inspirada. Así que, bien pudiera el lector preguntar: ¿Hasta qué punto concuerda mi Biblia con los documentos originales inspirados por Dios?

Demos primero un vistazo al Nuevo Testamento, que está más cerca de nosotros en lo que a tiempo se refiere que el Antiguo Testamento. Un hecho muy extraordinario es que hay más de cinco mil trescientos manuscritos (copias antiguas escritas a mano) del Nuevo Testamento en griego. Algunos son de los siglos tercero y cuarto. Un fragmento del Evangelio de Juan se remonta al año 125 d.C., tan solo a treinta años de la fecha en que se escribió originalmente. Esto está en marcado contraste con otros escritos de la antigüedad. En efecto, el manuscrito más antiguo que tenemos de Virgilio data de unos trescientos cincuenta años después de su muerte. Y el más antiguo que se tiene de Horacio data de novecientos años después de su muerte. La mayoría de los manuscritos de Platón datan de unos mil trescientos años después de su muerte¹³. Sir Frederic Kenyon, famoso erudito bíblico, hablando de los modernos descubrimientos de la arqueología bíblica, dijo: «Se ha establecido, con tal abundancia de pruebas que ninguna otra obra literaria de la antigüedad podría ni siquiera alcanzar, la autenticidad sustancial y la integridad del texto de la Biblia en la forma en que hoy la tenemos»¹⁴.

En este siglo, un descubrimiento sensacional ha venido a favorecer el texto del Antiguo Testamento. Con el hallazgo de los Rollos del Mar Muerto en 1947, se han descubierto manuscritos, completos o parciales, de todos los libros del Antiguo Testamento a excepción de Ester. Son tan antiguos como el año 250 a.C., por lo que se remontan a mil años antes de los mejores manuscritos que había entonces en hebreo. En realidad, es probable que la contribución más importante de los Rollos del Mar Muerto sea la luz que han arrojado sobre el texto de los libros del Antiguo Testamento. Por consiguiente, ahora tenemos una gran confianza en la exactitud de nuestra Biblia. Estos rollos hacen posible la comparación de un gran número de textos que nos hacen saber que el Antiguo Testamento «ha permanecido prácticamente inalterable durante los últimos dos mil años»¹⁵. En realidad, hay una notable concordancia entre los documentos del Mar Muerto y los textos que conocemos en la actualidad.

El propósito que tuvo Dios al llamar a Abraham y escoger a Israel como siervo suyo (Isaías 44:1) fue preparar el camino para llevar bendición a todas las naciones de la tierra (Génesis 12:3; 22:18). Era, pues, necesario que la Biblia fuera traducida a las diversas lenguas de otras naciones. Todos los pueblos necesitan la Biblia porque es la espada del Espíritu (Efesios 6:17); ella es el único medio de obtener victorias espirituales. Es también el martillo de Dios, la herramienta que usa para doblegar a los que se oponen y llevar a cabo la obra de Dios (Jeremías 23:29). Es una lámpara que ilumina el camino de la vida (Salmo 119:105). Aunque la gente está ciega a causa del pecado, y la Biblia les parece locura, tal «locura» todavía le da a la predicación el sabio y poderoso contenido que el Espíritu Santo utiliza para salvar a los que creen (1 Corintios 1:18, 21). La Biblia es también necesaria para el continuo crecimiento de los creyentes. Por consiguiente, tan pronto como la iglesia comenzó a extenderse a los países donde no se hablaba ni el hebreo ni el griego bíblicos, los cristianos quisieron tener la Biblia traducida a sus propios idiomas.

La historia de las versiones (traducciones) de la Biblia es emocionante¹⁶. En realidad, comienza antes de los tiempos de Jesús. Como resultado de las conquistas de Alejandro Magno, el griego se convirtió en el idioma del comercio y la educación en el Oriente Medio. Y la ciudad de Alejandría en Egipto, se convirtió en el gran centro del idioma, la erudición y la cultura griega. Los judíos que vivían allí querían tener el Antiguo Testamento en griego. Durante el período comprendido entre los años 250 y 150 a.C., dieron al mundo la famosa Versión de los Setenta¹⁷. A menudo esta versión se utilizó por los cristianos de la iglesia primitiva en la predicación del evangelio durante la primera generación posterior al Pentecostés. (Esto lo indica el uso del Nuevo Testamento). Al mismo tiempo, el Espíritu Santo dirigió a los escritores del Nuevo Testamento a escribir sus libros, no en el griego clásico que los grandes filósofos griegos habían usado varios cientos de años antes, sino en el griego común que el pueblo hablaba en la calle y en el mercado.

Dios siempre ha deseado que su Palabra sea predicada en el idioma que habla el pueblo. Moisés no escribió la ley en los jeroglíficos empleados por los eruditos de Egipto, sino en el hebreo que se hablaba en las tiendas del pueblo israelita. Jesús predicó y enseñó en un lenguaje tan sencillo que hizo que el pueblo lo oyera con agrado (Marcos 12:37). Al propagarse el evangelio, la gente comenzó espontáneamente a traducir la Biblia a sus propios idiomas. Cuatro siglos después de Cristo, cuando ya no se hablaban ni el griego ni el la-

tin antiguo en el Imperio Romano de Occidente, Jerónimo hizo una nueva traducción al latín «vulgar» o común que se hablaba en sus días. A esta versión se la conoce como la Vulgata¹⁸.

Desafortunadamente la Vulgata se convirtió en la versión oficial de Europa occidental e Inglaterra. Aunque el pueblo ya no hablaba el latín, se desaprobo todo intento posterior de traducir la Biblia. Cuando en 1380 d.C. Wycliffe tradujo la Vulgata al inglés, muchas personas se convirtieron a Cristo. Pero después de su muerte, acaecida en 1384, se levantó una persecución contra sus seguidores debido a que rechazaban algunas doctrinas católico-romanas. En 1415, un concilio general de la iglesia católica romana condenó sus enseñanzas. Entonces, en 1428, el obispo Richard Fleming hizo que desenterraran sus restos, los quemaran y lanzaran sus cenizas al río¹⁹. También quemaron la mayoría de las copias de su Biblia manuscrita.

Dios, sin embargo, estaba obrando. La invención de la imprenta trajo un gran cambio. Entre 1462 y 1522, aparecieron por lo menos diecisiete versiones y ediciones de la Biblia en alemán. Estas contribuyeron a preparar el camino para la reforma que encabezó Martín Lutero y que llevó al pueblo a comprender la salvación por gracia por medio de la fe. Martín Lutero mismo acudió entonces al hebreo y al griego para hacer una nueva y mejor traducción al alemán. Como resultado de la influencia del reformador, en 1525 Guillermo Tyndale hizo la primera traducción impresa de importancia del Nuevo Testamento al inglés²⁰. Muchos ejemplares fueron quemados, pero las imprentas insistieron en seguir imprimiendo grandes cantidades de Biblias. Como no pudieron quemar todas las Biblias, arrestaron a Tyndale y lo quemaron en la hoguera. Aun así, pronto siguieron otras traducciones.

Coincidiendo en gran parte con el Siglo de Oro de las letras españolas, el período de la Reforma es también el de las grandes traducciones de la Biblia al castellano²¹. El Nuevo Testamento de Enzinas es probablemente la primera versión castellana del Nuevo Testamento traducida directamente del texto griego. Fue hecha en 1543 por el reformista Francisco de Enzinas. Por publicar su Nuevo Testamento, Enzinas fue encarcelado por orden de la Inquisición. Felizmente logró escapar al cabo de dos años, pero muchos ejemplares de su versión fueron destruidos.

La Biblia del Oso fue la primera versión completa de la Biblia en el idioma castellano, pues todas las que se habían hecho hasta entonces eran solo versiones parciales. Fue traducida directamente de las lenguas originales por

Casiodoro de Reina y publicada en 1569. La gran mayoría de los ejemplares publicados fue a parar a las llamas por orden de la Inquisición.

Con el nombre de la Biblia de Valera se conoció durante muchos años a la versión que Cipriano de Valera publicó en Amsterdam, en 1602. En realidad, esta es más bien una revisión o edición corregida de la versión de Casiodoro de Reina, pues Cipriano de Valera, luego de comparar diligentemente la versión con los textos hebreo y griego, solo le introdujo algunos cambios. Con justicia, hoy día se la conoce como Versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera.

Esta versión, luego de otras revisiones, ha alcanzado un éxito extraordinario, tanto que su circulación en España y América Latina se calcula en miles de millones de Biblias, Nuevos Testamentos y porciones. En efecto, es la versión favorita del pueblo evangélico de habla castellana.

Traducir de un idioma a otro tiene sus propias dificultades. Por ejemplo, no existe ninguna palabra griega que equivalga a milagro, pero hay dos palabras que contienen esta idea (*dynamis* y *semeion*). Así que los traductores de la RVR usaron «milagro» para referirse a ambas. Para variar y ofrecer otros matices de significado, también las tradujeron por «poderes» (Hebreos 6:5), «poder» (Apocalipsis 12:10; Efesios 3:16), «prodigios» (2 Corintios 12:12), «señales» (Juan 20:30; Apocalipsis 13:13) y «signo» (2 Tesalonicenses 3:17).

En ciertas ocasiones, los traductores no tradujeron las palabras, sino solo hicieron la transliteración a las letras del alfabeto castellano. Tenemos un ejemplo de esto en la palabra griega *baptizo*, que significa «sumergir», «hundir», «zambullir», y de la cual procede nuestra voz bautizar. Otras veces los traductores fueron excesivamente literales. Separaron, por ejemplo, la palabra griega *monogenes* en sus partes componentes y tradujeron *mono* por «uni» (único) y *genes* por «génito» (engendrado), lo que dio origen a nuestra voz *unigénito*. Pero en los tiempos del Nuevo Testamento, la palabra *monogenes* había llegado a significar simplemente «único», en el sentido de singular, especial. En Hebreos 11:17 se usa para referirse a Isaac como el hijo especial, prometido, si bien Abraham tenía otro hijo, Ismael. De igual modo, aunque nosotros pasamos a ser «hijos» de Dios por medio de Cristo, Jesús es el Hijo amado de Dios en un sentido especial y único en que nosotros nunca podremos serlo.

En español tenemos que usar un gran número de palabras para describir un matiz diferente en el significado de una palabra griega. Esta es una de

las razones por las que son de gran utilidad los comentarios y las traducciones amplificadas.

En muchos casos, sin embargo, los traductores y revisores de la RVR han tratado de expresar el matiz de significado que se enfatiza en un pasaje determinado. Por ejemplo:

ekballo «echar fuera» (Juan 6:37); «sacar» (Mateo 12:35); «enviar» (Mateo 9:38; Santiago 2:25); «dejar aparte» (Apocalipsis 11:2)

apolustrosis «redención» (Efesios 1:7); «rescate» (Hebreos 11:35)

hilasterion «propiciación» (Romanos 3:25); «propiciatorio» (Hebreos 9:5)

hilascomai «expiar» (Hebreos 2:17); «ser propicio» (Lucas 18:13)

Amen (hebreo) «amén» (Deuteronomio 27:15-26; Romanos 1:25; Jeremías 11:5); «verdad» (Isaías 65:16); «de cierto» (Mateo 5:18)

anomia «maldad» (Mateo 7:23); «infracción de la ley» (1 Juan 3:4); «injusticia» (2 Corintios 6:14)

hikanos «digno» (1 Corintios 15:9; Mateo 3:11); «suficiente» (2 Corintios 2:16); «idóneo» (2 Timoteo 2:2); «gran» (Marcos 10:46)

agape «amor» (Juan 15:9-10, 13); «ágape» (Judas 12); «amado» (Colosenses 1:13)

sozo «salvar» (Mateo 1:21); «sanar» (Hechos 14:9); «preservar» (2 Timoteo 4:18)

elegcho «convencer» (Juan 16:8); «reprender» (Apocalipsis 3:19); «acusar» (Juan 8:9); «redargüir» (Juan 8:46)

kairos «tiempo» (Marcos 12:2); «oportunidad» (Gálatas 6:10)

paraklesis «consolación» (Romanos 15:5); «exhortación» (Hechos 13:15); «ruego» (2 Corintios 8:4)

Desafortunadamente, todos los idiomas experimentan cambios constantes. Ya no empleamos las palabras del español de Cervantes ni de Casiodoro de Reina.

Los misioneros quieren tener la Biblia en la lengua que habla la gente. Y en todas partes los creyentes son bendecidos cuando pueden leer en su propio idioma una versión fácil de entender. El mundo, incluso el mundo hispanohablante, es hoy un campo misionero. Esta es la realidad que ha motivado la aparición de nuevas versiones en español moderno. Reconocemos que

ninguna de ellas es perfecta, pero todas, a excepción de aquellas que publican algunas sectas, contienen verdades suficientes para que el Espíritu Santo las use de manera que expliquen el camino de salvación.

Cualquiera que sea la versión que uno escoja, es necesario buscar el significado preciso en los idiomas originales (griego, hebreo y arameo) usando concordancias, comentarios y diccionarios bíblicos, así como haciendo comparaciones con otras versiones.

Leer una nueva traducción puede estimular el pensamiento. Y comparar varias traducciones también contribuye a que uno vea los diversos matices de significado que aparecen en las Escrituras. Como lo señala el doctor Jack Lewis: «Los problemas religiosos del mundo no se deben a que la gente lea diferentes traducciones; el problema mas grave es que muchos no leen ninguna»²².

La RVR sigue siendo una buena traducción y todavía es digna de respeto. Su belleza, especialmente en los Salmos, tal vez nunca sea superada. Pero lo importante es lograr que la gente lea la Biblia. A medida que la lean, el Espíritu Santo iluminará la mente y el corazón de ellos y hará que la verdad de la Palabra de Dios les sea real. En su providencia, Dios nos ha preservado las palabras inspiradas de los profetas y apóstoles de la antigüedad en el más maravilloso de todos los libros: la Santa Biblia.

La Biblia es un milagro del cuidado de Dios. El Espíritu Santo obró desde el momento en que se escribieron los primeros manuscritos. A esto lo llamamos inspiración. Él nos ha preservado el texto. Hoy, el mismo Espíritu Santo que inspiró a los escritores ayuda al que lee y al que oye. A los no regenerados no se les promete esta ayuda porque están ciegos a la verdad de Dios (1 Corintios 2:14). Pero al creyente se le promete una ayuda especial de parte del Espíritu Santo (Juan 16:13-16; 1 Corintios 2:10). Dios quiere hablarle al lector, y su Espíritu se complace en arrojar luz sobre la verdad y la aplicación para su vida.

Preguntas de estudio

1. ¿Por qué el racionalismo es insuficiente como base de la autoridad religiosa?
2. ¿Por qué la Biblia es mejor fundamento que la iglesia en cuanto a la autoridad religiosa?
3. ¿Qué nos enseña la misma Biblia acerca de su inspiración?